



la poesia mancha

VEINTINUEVE PAREDES

Beatriz Sanz

VEINTINUEVE PAREDES

la poesía mancha

Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Beatriz Sanz

© Foto de portada: Carlota López de Santa María

© Ilustraciones: Pablo Velasco Bertolotto

ISBN: 978-84-120869-0-4

ISBN digital: 978-84-120869-1-1

Editorial La poesía mancha

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

produccion@lapoesiamancha.com

www.lapoesiamancha.com

Impreso en España

*Con todo mi amor
a la madre que me parió y a la que me crío.
A todas las mujeres de mi vida.
A Luis, que subvencionó mi vocación.
A Pablo, por seguir estando
(siempre supe que me agarraría la mano
en el parto del primogénito).
A Manuel, que me empujó con su arena finita
a la inmensidad de mi desierto.
A todas las musas y a las arañas.
A los Juntaletras, por untarme de versos.
A Carlos, por supuesto,
por creerme y adoptarme al medio.*

PRÓLOGO

Nacemos entre cuatro paredes y crecemos buscando un techo, algo que nos defienda de la intemperie de la vida y los demás. Vivimos levantando paredes sobre las que escribir frases que nos representen, infancia/ pared, amigos /pared, amores/ pared, deseo/ pared...

Hasta que un día descubrimos que una frontera también es una pared, y que muchos de nuestros sueños caminan lentamente con rumbo al paredón.

Y nos resignamos porque todo el mundo lo hace mientras pega otro ladrillo como en aquella vieja canción de Pink Floyd.

Construimos paredes a nuestro alrededor para protegernos de los otros que son como nosotros, para encerrarlos, para no oírlos.

Y en realidad, si nos quedamos dentro descubrimos que entre carcelero y prisionero solo varía el punto de vista.

No se trata de levantar muros, sino derribarlos ladrillo a ladrillo, prejuicio a prejuicio, obligación por obligación, dolor a dolor.

Bea Sanz lo ha descubierto en este libro que avanza abriendo esas paredes, no con una *bulldozer* enfurecida

sino con un preciso martillo de palabras, un bisturí de versos en los que siempre brilla la ironía o la tristeza o ambas cosas, porque no hay nada más divertidamente triste que saber.

Y ya decía el sabio que la experiencia es una linterna que solo sirve para iluminar el camino que ya hemos recorrido.

Pero al llegar al final de este libro uno siente que lo mejor es el camino que queda por recorrer.

Un primer libro escrito en el momento exacto, sin el apresuramiento de las modas y las redes que exigen frases convenientes.

Solo lo de siempre y lo de nunca, poesía. Y una mujer capaz de llamar a las cosas por su nombre sabiendo que es uno diferente cada día, tras cada beso, cada olvido, cada ilusión y cada desengaño.

Y conscientes de que si hay que subir hacia algún sitio, no importa tanto cuál es sino la forma de hacerlo: pisando sobre los escombros de todas las paredes que vamos derribando con los años.

CARLOS SALEM

CURRICULUM VITAE

Llego tarde a todo. Me gasté en ser quién no era. Quizás tuviera que consumirme para volver a respirarme en mi esencia, ahora añeja.

Así analizo mi existencia. En breves frases que me describen a lo largo de los años que pasaron, que pasan, en un intento de explicarme quién soy. Quién fui lo tengo más claro. La frustración de la niña abandonada que piensa que nadie la va a querer porque no la quería ni quien estaba obligado a hacerlo. Me crie con ella... Mi abuela. Que me quería más que a nadie. Mi madre trabajaba todo el día. Mi padre fue el que no me quiso. El amor era recíproco. Los años pasaron y mi abuela cada vez era más vieja. Y yo cada vez más adolescente. Y mi abuela dejó de andar. Y dejó de ser ella. Y yo tuve que devolverle el cambio de pañales con toda mi adolescencia. Después se fue. Ayer hizo diez años.

Con ella se me fue la fuerza y tuve que sostenerme del brazo de quien sería mi fuente de amor incondicional durante muchos años. Así lo quise. Y forcé mi existencia a depender de la fuerza del otro, la fuerza de él. A moldearme a cómo tenía que ser para que todos me quisieran.

Mi madre siempre tuvo el corazón roto, y al poco tiempo de la marcha de mi abuela, descubrieron que le faltaba un pedazo. Quizás por eso nunca supo querer sin que le doliera. Le arreglaban una pieza y se le rompía otra. Hace dos años se le rompió todo. Por suerte, en el país de Nunca Jamás vamos pagando al mecánico mientras estamos enteros, y ahora está en chapa y pintura.

Empecé a trabajar legalmente a los tiernos diecisiete en el Imperio de actores de doblaje. Algún ser carente de realidad cree que aún me conservo en esa década. Y entre esas mismas paredes del Imperio me conservo. Como arte de almacén que guarda silencio. Entre pared y pared, estudié. Poco. Pero lo suficiente para moldearme a cómo tenía que ser para todos. Dos carreras. Orgullo de mi madre. Un añico menos en su corazón. Todos podían llenarse la boca de mi bondad y mi buen hacer. Siempre sabía qué era lo correcto, y si no lo sabía, me preocupaba que el resto creyera que sí. Pero no sabía nada. Era una triste niña vieja, que se creció en el trauma cuando encontró oídos que la escucharon. (Aún me escuchan, por suerte; pero con otra voz, por suerte también).

Tan buena que era hasta que dejé de serlo. El brazo que me sostenía comenzó a estorbarme en la cama. Ya no era mi amor incondicional, porque se había convertido todo en condiciones, por mi parte, y él, las incumplía casi todas. Perdió el sentido. Y yo me tiré a otros brazos. Pero él era quien me sostenía. Y ya no lo hizo más. Y por primera vez en mi vida me encontré sola. Sola de amor. E intenté aferrarme a los brazos a los que me había tirado, pero

cada vez que me tiraba, me caía, y así estuve más tiempo del debido.

De liana en liana. Así analizo mi existencia. Siempre con la necesidad de que me quieran más que a nadie porque no me quiso quien me tenía que querer por obligación. Y por obligación, yo hacía lo que tenía que hacer, sin saber que lo único que tenía era yo, sin saber que la única que me tenía que querer era yo misma.

Hasta que me caí. Me caí literalmente. Por poco no me levanto. A punto estuve de tener que resucitar a mi abuela para que volviera a cambiarme los pañales, pero lo hizo mi hermana. Yo también tenía pagado el mecánico, desde los diecisiete, y aquí estoy, con los pies en el suelo por primera vez, sin que nadie me sostenga. Sin que yo sostenga a nadie. Con un pie fuera de las veintinueve paredes. Leyendo lo que no leí cuando debiera. Siendo arte de almacén que ahora grita su silencio. Analizándome. Llegando tarde a todo, pese haber madrugado, pero en camino de poder ser lo que yo quiera.

Y ahora quiero esto...

POETA DE BRAGUETAS Y CORAZÓN



DATOS PERSONALES

Y a todo esto...
¿cómo te llamas?
—Dulcinea
fue mi nombre
de soltera.

De casada
Dolores,
de cabeza cansada
sin curar.

Luego viuda,
Remedios
me llamaban.
Con la botica
abierta
o cerrada,
según el agravio
de la enfermedad.

Y ahora me nombro Divina,
Divina Libertad,

de alas que cobijan pero vuelan
de alma templada sin fiebres que tiritar.
De picos,
de besos,
de versos de labios que sanan
y enferman con tacto,
con vista y olfato,
sin oídos
que buscan gustar.

Así me llamo.

FORMACIÓN PROFESIONAL

SINCE 1989

He construido
cuatro muros de cimiento
de todos mis nombres,
con los ladrillos rotos
de cada pared derribada.

Veintinueve.

Demolidas en lucha de miedos.

Batallas de traumas.

Cruzadas del alma.

Y guerras de ego.

Gané yo.

Porque he construido
un espacio diáfano

con mucha luz.

En cada muro,

una ventana,

que me asoma

a los escombros

que me recompusieron.
Al último le coloqué una puerta
de bisagra lubricada.
Porque no son estos muros frontera
ni barrera de entrada
ni salida de humos
ni trinchera de almohadas.
Son raíces que se extienden
de las ruinas
por las ramas desplegadas.
Aún quedan rincones oscuros
en esquinas
todavía sin amueblar.
Pero ya he roto con Cupido
y ahora está todo más limpio.
Y hay mucho espacio.
Y ahora por fin
me siento hogar.

En mi casa
En mi cuerpo,

De cuatro muros cimentados
sobre veintinueve paredes derribadas.

FORMACIÓN ACADÉMICA

LA GENERACIÓN AHOGADA

Dijeron que podríamos ser lo que quisiéramos
y hemos acabado siendo todos lo mismo.

Títulos acumulados en una caja.

Títeres sin escenario,
sin público ni aplauso.

Solitarios.

Amantes desenamorados.

Ahogados inquilinos
de una patera en el centro
del corazón de un mar etílico
donde poder seguir ahogándonos
en sueños que no se cumplen.

Y cumplimos con los pagos,
y cumplimos en la cama
y cumplimos años
y los sueños
siguen sin cumplirse.

Dijeron que podríamos ser lo que quisiéramos
y estudiamos para que no nos engañaran.

Y nos engañaron

con sus títulos falsificados
mientras el nuestro
no alcanza las cuatro cifras
y conviene más enterrarlo
en sus imperios de explotadores
que pagan con religión,
que intentar seguir ahogándonos
de sueños que no se cumplen
en este mar de contradicción.
Nos engañaron.
Y nos ahogamos.
Pero cumplimos.
Y nadie cumple con nosotros,
los que podíamos ser lo que quisiéramos.
Hoy olvidados.
Y servimos mesas
Reponemos baldas
Fregamos váteres
Vendemos tallas 38 a señoras de la 46
Teleoperamos a portazos
con nuestros títulos en una caja
y los suyos
debajo del brazo.
Y nos bebemos el mar etílico
en nuestra patera
para no ahogarnos.
Pero nos hundimos
en el país de Nunca Jamás.

Y cumplimos con los pagos a crédito.
Y cumplimos en la cama,
o eso queremos recordar.
Y cumplimos años como Peter Pan.
Sin pan para mañana.
Y los sueños
siguen sin cumplirse.
Porque nos engañaron.
Con sus títulos falsificados.
Mientras los nuestros
se duermen en una caja
registradora
de los billetes
que nos han robado.